

cion positivista y la afirmacion espiritualista; y ¿hay por ventura alguien bastante perspicaz para colocarse en una situacion intermedia entre la afirmacion y la abstencion?... "Aprovechar de la lógica positivista todo aquello que no tendiera á destruir ni el sentimiento religioso, ni una religion positiva fué el propósito del autor del nuevo libro." Será así, pero lo que negamos redondamente es que lo haya conseguido, pues por ventajosa que sea la opinion que tenemos del jóven autor, no llega al extremo de suponerle capaz de realizar esa empresa imposible. En el artículo que hoy publicamos se ve de un modo inequívoco que las doctrinas psicológicas del Sr. Ruiz son pura y simplemente las doctrinas de Bain y de Mill, y muy pronto veremos que esas doctrinas destruyen no solo el sentimiento religioso, base y fundamento de toda religion positiva, sino que hacen sentir por igual sus perniciosas consecuencias en el órden científico, moral y político. Pero, ¿para qué es cansarnos? La misma *Libertad* conviene en los peligros del positivismo para el sentimiento religioso, y como la obra del Sr. Ruiz es esencialmente positivista, resulta que adolece de los graves defectos atribuidos á la escuela por sus mismos partidarios. Si nosotros usáramos el lenguaje de nuestro colega, diríamos despues de esto que la soñada lucha entre el positivismo y el krausismo, y el famoso *desideratum*, y la posicion media entre la afirmacion y la abstencion ó sea la negacion, son *puros carneros*; pero como no acostumbramos chancearnos sobre negocios de tanta importancia como el presente, nos limitamos á fijar la cuestion en sus verdaderos límites, para que el lector juzgue con pleno conocimiento de causa. Bien puede ahora la *Libertad* disparar contra nosotros todos los epigramas de su arsenal inagotable; no es la agudeza del ingenio la que puede destruir ni alterar la verdad de las cosas.

Digno es de llamar la atencion que en medio de esta lucha con tan apasionado calor sostenida por los sectarios de Comte, estos señores han dado, tal vez sin quererlo, un golpe mortal á su escuela, y un triunfo brillante al espiritualismo. ¿Qué otro nombre hay que dar á la confesion paladina de que la vigorosa disciplina del positivismo puede despojar á algunos de sus creencias? ¿Cómo debe calificarse el propósito de que no hay una sola de las creencias espiritualistas que no deje en pié el autor del nuevo libro? ¿Y cuál puede ser la significacion de ese esfuerzo para persuadir que la obra del Sr. Ruiz no es positivista? ¿No se ve en todo esto el reconocimiento explícito de verdades que no hace mucho todavía eran negadas tenazmente por los discípulos de Mill?... El tiempo ha pasado; las discusiones promovidas sobre estas materias, los resultados prácticos de la enseñanza han hecho ver con toda claridad la verdadera significacion y tendencia del positivismo, y no siendo ya posible negar la evidencia se aglomeran cargos infundados sobre los adversarios, se rinde homenaje á las doctrinas combatidas, y se procura crear la confusion arrojando el descrédito sobre un sistema que no es más que una de las mejores formas del espiritualismo moderno. Solo así puede explicarse ese extraño afán de atribuir á Tiberghien precisamente uno de los defectos del positivismo, reconocido por sus partidarios. ¿Por qué en efecto, insistir tanto, aunque sin haber dado hasta ahora ninguna prueba, sobre los peligros para el sentimiento religioso que se suponen en las doctrinas del filósofo belga? ¿No parecerian raros semejantes escrúpulos, aun cuando fuesen fundados, en los defensores de una filosofía que conduce directamente al ateísmo, y que considera por lo mismo el sentimiento religioso como una de las más funestas preocupaciones? Despues de lo dicho creemos poder resumir la cuestion en los siguientes términos: 1.º El verdadero debate no está entre el positivismo y el krausismo, sino entre el positivismo y el espiritualismo.—2.º No es posible establecer un término medio entre doctrinas de las cuales una es negacion de la otra.—3.º La obra del Sr. Ruiz tiene en consecuencia que adoptar necesariamente uno de los dos extremos, y por lo que hemos visto y seguiremos viendo, ese extremo es el positivismo. No perdemos la esperanza de que reflexionando con calma la *Libertad*, acabará por estar enteramente de acuerdo con nosotros; ya que tanto han avanzado sus simpatías en favor de las doctrinas espiritualistas.

Hasta el momento de concluir esta revista no ha llegado á nuestras manos el *Positivismo* que debió salir el día 15.

J. M. VIGIL.

BIBLIOGRAFÍA.

NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS F. RUIZ.

II.

Antes de pasar adelante en el cotejo que venimos haciendo entre la obra del Sr. Ruiz y los autores que le han servido de guía en la formacion de aquella, creemos conveniente detenernos á examinar la índole de las doctrinas contenidas en la primera parte, y cuya procedencia legítima hemos visto en nuestro artículo anterior. Esto nos parece tanto más importante, cuanto que servirá para poner de manifiesto lo falso y peligroso del positivismo, y por consiguiente, el error que se cometería adoptando su enseñanza en las escuelas oficiales. La manera poco franca con que suele presentarse la nueva doctrina, y la poca versacion de algunas personas en materias filosóficas, pueden inducir á gravísimos errores, pues no se alcanza á primera vista toda la trascendencia de ciertas cuestiones que parecen sencillas y hasta cierto punto indiferentes. No nos sorprendería por lo mismo, que hubiera alguien, que despues de leer nuestro primer artículo preguntara simplemente: "¿Y bien! ¿qué sacamos de todo eso? Veo, en efecto, que lo que se enseña en el nuevo libro son las mismas doctrinas de Bain y de Mill; pero no hallo nada en esas doctrinas que pueda alarimar á una conciencia timorata. Si nuestras ideas en su totalidad se derivan ó no de la experiencia; si el conocimiento es esencialmente relativo y la induccion tiene una base puramente empírica, de tal suerte que la deduccion sólo puede efectuarse sobre los datos generalizados de la primera, no viniendo á ser en realidad más que una induccion trasformada, no hay en todo ello más que opiniones de escuela, propias para ejercitar el ingenio de los filósofos, pero que se pueden seguir indiferentemente, sin caer por eso en los errores trascendentales que tanto ponderan ciertos espíritus espantadizos."

A desvanecer esos falos conceptos se endereza nuestro presente artículo, para lo cual no tenemos que hacer más que presentar en términos breves y concisos las consecuencias que lógicamente se desprenden de las doctrinas que venimos impugnando.

bosques, sin voz ni leyes, sin lazo moral ni religioso. Los ensayos de los naturalistas, tales como Lamarck y Darwin, que pretenden que las especies vivientes se transforman, y que el hombre proviene del mono, que desciende á su vez de un pólipo, no tienen otra causa. Es siempre el hombre confundido con el animal, la razón con los sentidos, la persona con las cosas; es siempre el mismo desprecio de la dignidad que pertenece á los seres racionales. El Dr. Büchner no conoce la historia del sensualismo, pero llega por instinto á los mismos resultados. "Las mejores autoridades que tenemos en filosofía, dice, están ahora de acuerdo en que el alma de los animales no difiere del alma humana en calidad, sino solamente en *cantidad*. Muy recientemente ha tratado Carlos Vogt esta cuestión con el raro talento que se le conoce, y la ha decidido en el sentido que acabamos de indicar. El hombre no tiene preferencia absoluta sobre el animal, su superioridad intelectual sobre el último es sólo relativa. El hombre no tiene en privilegio ninguna facultad intelectual; lo que le da la superioridad no es más que la mayor intensidad de sus facultades y la conformidad de la unión de éstas entre sí. La causa natural y necesaria de la perfección de las facultades del hombre se encuentra en el desarrollo más perfecto del órgano material del pensamiento. No se puede hallar diferencia esencial ni en la forma, ni en la composición química, entre el cerebro del hombre y el de los animales. Preciso es haber visto y frecuentado ciertas clases inferiores de nuestra sociedad para concebir que la escala intelectual, del animal al hombre, no se interrumpe de ninguna manera. ¿Qué abismo hay entre el negro y el mono?..... Cítase á menudo el lenguaje como el rasgo característico que distingue al hombre del animal; los que hacen tal objeción ignoran ciertamente que también los animales pueden hablar. Tenemos, además, multitud de hechos y de observaciones que demuestran hasta la evidencia que la voz articulada de los animales, así como sus gestos y su mímica, son susceptibles hasta cierto grado, de desarrollo y perfeccionamiento. Sabemos que las facultades intelectuales de los animales son en general susceptibles de desarrollarse y perfeccionarse como las del hombre. ¡Cuántas cosas admirables vemos ejecutar por animales educados!..... Imposible es, pues, negar la transición insensible, que por innumerables grados intermedios liga al hombre con el animal, tanto por las cualidades intelectuales como por las corporales..... Por este motivo no conviene que el hombre se dé importancia respecto del mundo orgánico, considerándose como un ser de otra naturaleza y de origen superior." (1)

"Es, pues, cosa resuelta: el hombre es un bruto, y los brutos son capaces de observación, de moralidad, de lenguaje y de perfección como nosotros. Aguardemos el resultado de sus estudios. La psicología de los animales hecha por ellos mismos, ha aparecido ya tal vez, y los más malignos de la banda, (perdon por la expresión), andan en busca de los medios para comunicárnosla. Sabremos entonces cuál es la diferencia en milímetros entre su alma y la nuestra: entre tanto, todo comentario sería superfluo.

"Segunda consecuencia. Si la sensación es toda la ciencia, no hay ya distinción posible entre la verdad y el error, puesto que nuestras impresiones son siempre lo que deben

(1) *Fuerza y materia*, pág. 251.

ser, aun cuando estén en contradicción con las de otro. Las unas son tan verdaderas como las otras, aunque nieguen la misma cualidad del mismo objeto: por esta razón sostenía Protágoras que todo es verdad. Pero si todo es verdad, es igualmente verdad que todo es falso. La segunda proposición no es más que una variante de la primera: ambas significan que la verdad y el error se confunden. Ahora, la ciencia tiene por objeto la verdad con exclusión del error. Si los dos términos son idénticos, no hay ya ciencia; de aquí el *escepticismo*.

"Platón tiene otra vez razón: el sensualismo de los sofistas es el origen del escepticismo. Todo cambia en nuestros órganos y en los objetos; imposible es fijar nada en el flujo perpetuo de los fenómenos sensibles. A medida que expresamos nuestros pensamientos, los cuerpos no son ya lo que eran; lo blanco se convierte en negro, lo caliente se pone frío, lo húmedo se vuelve seco: ¿en dónde está, pues, la verdad de las cosas? Además, la sensación recae sobre el instante actual, no sobre el pasado ni el porvenir; se aplica á los objetos individuales del mundo exterior, no á las cosas suprasensibles, ni aun á las relaciones que los objetos tienen entre sí. Ningún principio cae bajo los sentidos, y sin embargo, la ciencia exige verdades generales. ¿Qué sería la ciencia de la naturaleza sin el conocimiento de las especies, de los géneros, de las causas, de las leyes de la materia? ¿Y á qué sentido debemos estas percepciones? La ciencia es, pues, imposible.

"Esto nos explica la profunda simpatía que reina en todas épocas entre el sensualismo y el escepticismo. El uno proviene del otro. Sexto Empírico y Hume eran francamente sensualistas, y el sistema de la sensación los ha conducido á la duda. La sensación, fenómeno subjetivo, no prueba nada respecto de los objetos, y la concepción de un objeto no puede formarse sin las categorías de sustancia y de causa. Pero si nuestros órganos no nos dicen nada respecto de las causas y de las sustancias, ¿qué garantía queda al testimonio de los sentidos? Sensualismo y escepticismo, es la misma doctrina en dos grados de desarrollo, es también toda la filosofía del siglo XVIII en Francia, en estado de tendencia más bien que en el de teoría determinada. Nuestros modernos sensualistas no han llegado todavía á esa severidad lógica que hay que admirar en los representantes ilustrados de la escuela; se contentan con eliminar de la ciencia lo que toca á los intereses morales del hombre, y ni sospechan siquiera que la observación de la naturaleza no podría hacerse con los solos elementos de la sensibilidad. Su seguridad está garantizada por su ignorancia.

"Tercera consecuencia. Si la ciencia se limita á la sensación, no podemos racionalmente admitir sino las cosas materiales que se ofrecen á nuestros sentidos: de aquí el materialismo. El alma será el aire, el fuego, la sangre, una secreción del cerebro, ó como se expresa un sensualista moderno, que evita á veces la palabra propia, el producto ideal de cierta combinación de materias dotadas de fuerzas. No existe, pues, más que una especie de sustancias en el mundo, los cuerpos, así como no tenemos más que una especie de facultades, los sentidos: las almas ó los espíritus, como distintos de la materia, son una pura hipótesis, contraria á nuestra organización intelectual. Y como los cuerpos nacen y mueren, las almas comienzan y acaban con ellos: la inmortalidad del alma es una quimera. En una palabra, el sensualismo y el materialismo son la misma

doctrina, considerada desde el punto de vista psicológico del origen del conocimiento; ó desde el punto de vista ontológico de la existencia de los objetos. Epicuro, Hobbes y los sensualistas de nuestros días son materialistas y de ello se jactan. Condillac forma excepción en su calidad de abate; pero el alma, según él, es un dato de la revelación, no de la razón; inconsecuencia que rechazan los discípulos que no tienen la fe. La doctrina de Augusto Comte, que sólo reconoce la observación sensible, es igualmente materialista. En un materialismo frenológico que no merecería ser mencionado en una obra seria, si gracias á la ausencia de cultura filosófica, no tendiera el positivismo á extenderse entre las gentes de mundo. . . . (1)

«Cuarta consecuencia. Si todos nuestros conocimientos están encerrados en los límites de la sensibilidad, no tenemos ninguna noción de Dios, ninguna certidumbre de su existencia: de aquí el ateísmo. Sabese el respeto de Epicuro por los dioses, y de Hobbes por la religión: fábula, medio de policía. Si Dios existe, es un gran cuerpo. Esto es lógico, y vale más que decir con Condillac que los sentidos nos elevan hasta Dios, ó con Augusto Comte que el Sér supremo es la humanidad. Nó, los sentidos no tienen nada de común con lo infinito y lo absoluto, ni aun con la concepción de la humanidad. Parece que los seres privados de razón no sospechan la existencia de Dios; hasta aquí al menos, á pesar de los progresos anunciados por algunos doctores, no se ha descubierto en los animales ningún vestigio de cultura religiosa. ¿Serían acaso más sabios que nosotros? Tal vez; pero yo quisiera saber cómo esa idea de Dios, ó sea abstracción si se quiere, ha podido entrar alguna vez en el espíritu humano. Direis que el hombre ha hecho á Dios á su imagen. Sea en cuanto á los dioses del paganismo; el arte solo puede defenderlos; pero el Sér infinito y absoluto no se fabrica con las manos. Debeis negarlo, y al negarlo dais testimonio de que tenéis su idea. Pregunto, pues, ¿de dónde viene esa idea? Podeis declarar que es falsa, que nada corresponde en la realidad al pensamiento de Dios; no por eso evitais mi pregunta sobre el origen de este pensamiento.

«Los modernos sensualistas no sospechan que hay aquí alguna dificultad; parece que creen que son sinónimos religión y superstición, y que las castas sacerdotales son las únicas que están interesadas en afirmar á Dios. M. Büchner resuelve de una plumada el gran problema que ha detenido á todos los hombres de génio. Comienza por establecer su principio de que no hay materia sin fuerzas ni fuerzas sin materia, principio fecundo para la física, y añade luego sin transición: «¿Cuál es la consecuencia general y filosófica de esta noción tan simple como natural? Que los que hablan de una fuerza creadora que hubiese creado el mundo de sí misma ó de nada, ignoran el primero y más simple principio del estudio de la naturaleza basado sobre la filosofía y el empirismo. ¿Cómo habría podido existir una fuerza que no se manifestase en la materia misma, sino que se gobernase arbitrariamente y conforme á consideraciones individuales? Con mayor

(1) *Curso de filosofía positiva*, t. III, lec. XLV. El autor se defiende de esta acusación; (*Discurso sobre el conjunto del positivismo*) pero los términos de su protesta prueban que no supo darse cuenta del valor de sus propias teorías.

«razón, fuerzas que existiesen independientemente, no podían pasar á la materia informe é inerte y producir así el mundo; porque hemos visto que las fuerzas y la materia, concebidas de una manera abstracta, son concepciones absurdas. El artículo que trate de la inmortalidad de la materia nos demostrará que el mundo no ha podido ser creado de nada. La nada es una quimera rechazada por la lógica y el empirismo. El mundo ó la materia, con sus propiedades que llamamos fuerzas, ha debido existir de toda eternidad y existirá absolutamente en toda eternidad, en una palabra, el mundo no ha podido ser creado.» (1)

«Hé aquí una bella muestra de la lógica materialista, basada sobre la experiencia; porque la experiencia se vuelve decididamente contra Dios. Un célebre astrónomo, satisfecho de conocer las leyes del mundo, ha podido tratar á Dios de hipótesis, creyendo sin duda que la observación no alcanzaba al legislador del universo ni permitía en consecuencia ninguna conclusión, positiva ó negativa, respecto de él. M. Büchner es ménos modesto: con la balanza química en la mano, demuestra por hechos, ¡siempre hechos! que no hay Dios. Nada puede prevalecer contra un hecho; Dios no resistirá. ¡Feliz siglo del positivismo, en que la humanidad se verá al fin libre de toda preocupación de intereses morales y podrá adorarse á sí misma! . . .

«Quinta consecuencia. Si la ciencia no es más que la sensación, el bien es para cada uno lo que le causa placer; el mal lo que le causa pena. Ninguna cosa es buena en sí misma, sino sólo con relación á nosotros: lo que es bueno para uno es malo para otro; y como todo sér obra según su naturaleza, el único objeto que el hombre tiene que satisfacer es buscar la mayor suma de goces. Tal es su derecho, su deber, su destino. Este mismo destino le ha sido impuesto, no podría sustraerse á él, no es libre, puesto que es materia, es esclavo de sus sentidos, como el bruto que corre en pos del placer. Nueva analogía señalada por Platon en el Filebo, entre el animal y el hombre que se entrega todo entero á las impresiones del momento. De aquí el egoísmo, el eudemonismo, el fatalismo. Epicuro y Hobbes están perfectamente de acuerdo en todos estos puntos; casi no hay variantes en esta apreciación de la vida moral, que ha sido tan minuciosamente reducida á cálculo por Bentham; importa solamente notar que la idea de cálculo, que transforma el placer en interés bien entendido, es ya una inconsecuencia en el sensualismo puro: para detener el impulso de los sentidos y rechazar un placer actual en favor de un placer futuro más importante, necesita el hombre otro elemento á más de la sensibilidad, necesita al ménos la reflexión.

«¿Qué piensan de esta moral nuestros modernos sensualistas? Creo que no tienen conciencia de ella, que su corazón protesta contra sus máximas, que su doctrina, como filosofía, es un juego de su imaginación, y que la rechazarían indignados si vieran claramente sus consecuencias necesarias. M. Büchner protesta con energía contra las intenciones que se atribuyen á sus amigos. «Desde que los resultados generales de la filosofía de las ciencias naturales, dice, han comenzado á penetrar en el pueblo, se han temi-

(1) *Fuerza y materia*, pág. 4.

Menester es desde luego tener en consideracion que filosóficamente hablando no hay principios indiferentes, pues aun aquellos que se presentan con carácter ménos trascendental, si se examinan con alguna atencion, se hallará que pueden ser fuente fecundísima de errores, llegando así á viciar todo el conocimiento. ¿Qué cosa más inocente á primera vista que la relatividad del conocimiento establecida por el Sr. Ruiz de acuerdo con sus maestros Bain y Mill? Y sin embargo, analizándola un poco se descubre luego no sólo su falsedad por los términos generales con que está expuesta, sino las consecuencias erróneas que de ella se deducen. "Verdad es, dice Tiberghien tocando esta cuestion, (1) que los seres finitos, como tales, son puestos en paralelo entre sí y que no se puede fijar uno de ellos sin desviar su atencion de los otros. Pero el sér finito no es necesariamente considerado como tal; puede ser concebido en su esencia indeterminada, sea que se ignoren sus cualidades y relaciones, sea que se haga abstraccion de ellas. Así es como el yo se presenta al pensamiento del niño, que no ha analizado todavía su naturaleza. El mismo infinito no puede ser concebido sino en sí, puesto que es solo, sin relacion con alguna otra cosa. El principio lógico que se invoca es, pues, incompleto. El análisis, bajo forma de observacion ó de dialéctica, tiene precisamente por objeto el considerar cada cosa en sí misma, á fin de reconocerla tal como es. El objeto se presenta desde luego al pensamiento en su unidad, como un todo indiviso, en seguida como un todo determinado, si se trata de un sér finito; sólo entónces es cuando la comparacion puede tener lugar en la determinacion científica, para aclarar la nocion, mostrando lo que el objeto no es." Veamos ahora cómo partiendo del error psicológico combatido por Tiberghien, un notable escritor de nuestros días ha llegado nada ménos que á negar la personalidad de Dios. "Para que un sér tenga conciencia de sí, dice Vacherot, (2) para que se afirme, se ponga como yo, es preciso que se distinga, que se separe de un no-yo cualquiera. Ahora, ese medio de distincion, ese no-yo falta á la actividad infinita del Sér universal, cualquiera que sea por otra parte su unidad. Dios no podria comprenderse como yo, tomar conciencia de sí mismo sino oponiéndose un no-yo; lo que es imposible, puesto que es todo, en su calidad de Sér infinito y universal. Luego aquí tambien los teólogos más razonables no se dan cuenta de la naturaleza de las nociones que emplean. La contradiccion es manifiesta; es preciso escoger entre los atributos metafísicos y los psicológicos. El Dios personal y consciente es necesariamente finito é individual; el Dios infinito y universal es necesariamente impersonal." Y más adelante: "No se puede concebir á Dios oponiéndose como persona, es decir, como yo, sino oponiéndose un no-yo, y por consiguiente, limitándose é individualizándose.... Después de esta explicacion, no hay ya que hablar de un Dios personal."

No es necesario, despues de esto, insistir en la importancia de la materia que tocamos, y pasamos por lo mismo sin más preámbulo á exponer sumariamente las consecuencias que se derivan de los principios proclamados por la escuela positivista, y que son las mismas que Tiberghien enumera como procedentes del sensualismo. Estas consecuencias son: 1.^o el hombre reducido á la condicion del bruto; 2.^o el escepticismo; 3.^o el

(1) *La ciencia del alma en los límites de la observacion*, cap. III.

(2) *La metafísica de la ciencia*, tom. II, conv. 14.

materialismo; 4.^o el ateísmo; 5.^o el egoísmo y el fatalismo; 6.^o el despotismo. Examinemos por su órden cada uno de estos puntos, dejando al lector el cuidado de decidir si tienen ó no razon los que califican de profundamente pernicioso la enseñanza de la nueva doctrina.

"Primera consecuencia. Si la ciencia se reduce á la sensacion, dice Sócrates, Protágoras habla verdad al afirmar que el hombre es la medida de todas las cosas, de la existencia de las que existen y de la no-existencia de las que no existen. En efecto, la sensacion es enteramente individual, cada uno es juez y único juez de sus impresiones, aunque nuestras impresiones puedan ser, con relacion á los mismos objetos, contrarias á las de otro. Las cosas son, pues, para cada uno lo que le parecen ser. Si el mismo viento da frio á uno y calor á otro, el primero dirá con razon que el viento es frio, y el segundo tendrá igualmente razon en decir que el viento es caliente. La sensacion tiene siempre un objeto y no es susceptible de error. Sus objetos no tienen nada absoluto en sí mismos; todas sus propiedades se refieren á nuestros sentidos; son y no son, segun las circunstancias: todo es relativo, (1) todo es verdadero. Apruebo esa opinion, prosigue Sócrates, y sólo me sorprende que Protágoras no diga que el cerdo, el cinocéfaló ú otro sér cualquiera más extraño entre los que sienten, sea la medida de todas las cosas. Habria sido un principio magnífico y del todo insultante para nuestra especie, por el cual nos hubiese dado á entender que mientras le admiramos por su sabiduría, no supera en inteligencia, no digo ya á otro hombre, pero ni siquiera á una rana. ¡Cómo! dirémos en efecto: Si las opiniones que se forman en nosotros por medio de las sensaciones son verdaderas para cada uno; si nadie es más apto que otro para descubrir lo que experimenta su semejante; si cada uno juzga lo que pasa únicamente en sí, ¿por qué privilegio Protágoras seria sábio hasta el punto de creerse con derecho de enseñar á los otros, poniendo sus lecciones á un alto precio? ¿Y no seríamos nosotros más que unos ignorantes condenados á ir á su escuela, puesto que cada uno es para sí la medida de su propia sabiduría? ¿No dirémos que Protágoras ha querido burlarse al hablar de esa manera?"

"Platon tiene razon. La dialéctica es un arte soberanamente ridículo, si todo se limita á sentir. Los sábios no tienen más sentidos que los ignorantes, ni los que tienen son más perfectos. Algunas especies animales aventajan al hombre por lo extenso de la vista, lo fino del oído y lo delicado del olfato. No existe de seguro diferencia esencial entre los nervios del hombre y los de los mamíferos, y puesto que la sensibilidad constituye la ciencia, todos los animales son capaces de cultura científica y de trabajos intelectuales, en proporcion al desarrollo del sistema nervioso. Los animales sábios y parlantes, ó el hombre reducido al estado de bruto," tal es la primera consecuencia del sensualismo.

"Epicuro, Hobbes, todos los sensualistas, han tenido el sentimiento de esta necesidad, cuando han imaginado en el origen de la sociedad, al hombre salvaje, vagando en los

(1) Comte ha formulado este mismo principio en los siguientes términos: "Todo es relativo; hé aquí el solo principio absoluto." En lo cual le han seguido todos los positivistas á pesar de las profundas diferencias que los separan. Razon ha tenido, pues, Funck Brentano para colocar á Mill y Spencer en el número de los sofistas modernos.—(R. F.)